

Oczyszczenie inteligencji. Nicolás Gómez Dávila – myśliciel współczesny?

Krzysztof Urbanek

Comment castrer le réactionnaire o un buque para Australia. **La crítica del libro de Alfredo Andrés Abad Torres** *Pensar lo implícito. En torno a Gómez Dávila*

La primera vez que oí hablar de Alfredo Andrés Abad Torres (1975) fue al profesor Franco Volpi (1952–2009), probablemente en el año 2007. Los dos estábamos entonces en Berlín en el seminario dedicado –por supuesto– a la vida y obra de Nicolás Gómez Dávila (1913–1994). El profesor Volpi me contó cómo había conocido al joven colombiano. Además me dijo que a Abad Torres más que el Solitario de Bogotá le gustaba solamente Emil Cioran (lo que me pareció bastante extraño). Algún tiempo después recibí de Colombia un correo electrónico en el que Alfredo Abad me invitaba a colaborar en el número gómezdaviliano de *Paradoxa. Revista de Filosofía*. Después él me ayudó en los preparativos de las traducciones castellanas de los resúmenes de los artículos polacos del tomo *Między sceptycyzmem a wiarą. Nicolás Gómez Dávila i jego dzieło* [Entre el escepticismo y la fe. Nicolás Gómez Dávila y su obra] del que soy coeditor.

Alrededor de la Navidad de 2008 llegó a mis manos un paquete en el que encontré el libro *Pensar lo implícito. En torno a Gómez Dávila* publicado en octubre de 2008 en Pereira (Colombia). Puesto que soy un gómezdaviliano ferviente enseguida comencé la lectura.

Debo confesar, en primer lugar, que aunque en el texto se encuentran –desde mi punto de vista– algunas tesis adecuadas al tiempo que afirmaciones justificadas, tras la lectura exhaustiva no me he enterado de nada nuevo interesante, salvo una cosa de tercera

importancia: en la lista de candidatos a la presidencia de la república hecha por uno de los eminentes políticos colombianos (Laureano Gómez) figuraba el nombre de Nicolás Gómez Dávila¹.

Pero antes de llegar a la parte negativa de mi crítica quisiera detenerme en lo que juzgo positivo. Sobre todo hay que señalar que Abad Torres identifica correctamente ciertos rasgos de la obra del autor estudiado. El crítico reconoce que el Gómez Dávila desdeña la literatura contemporánea y el pensamiento moderno y se somete a las reglas de la cultura clásica y a una determinada visión del universo según la cual todo o casi todo ya está dicho y no hay nada nuevo que decir². Abad acierta, me parece, cuando observa que Gómez Dávila critica la literatura desde posiciones aristocráticas: en su opinión la creación literaria no es una profesión, sino un resultado de la vida ociosa propia de la aristocracia³. También el autor de la monografía parece dar en el blanco cuando afirma que las relaciones espirituales del bogotano con la circunstancia inmediata (Colombia, Hispanoamérica) están rotas. Gómez Dávila parece no tener nada que ver con la tradición conservadora de Colombia e Hispanoamérica (la escolástica), ni con el “espíritu filosófico colombiano” (el positivismo, el utilitarismo, el liberalismo clásico) que nace en el siglo XIX. Abad concluye: “Encasillar a Gómez Dávila dentro de la lista de autores colombianos es una singular aberración de taxonomía literaria, él sencillamente no pertenece a ninguna de las tradiciones que influyeron dentro de la literatura y el pensamiento colombianos”⁴.

No me cabe duda de que Gómez Dávila es un “europeo que supera a muchos de nosotros en la reflexión sobre nuestro legado común”⁵.

El investigador tiene toda la razón al decir que las expresiones del Solitario de Bogotá, aunque son comentarios a la obra de otros

¹ Cfr. Alfredo Andrés Abad Torres, *Pensar lo implícito. En torno a Gómez Dávila*, Pereira, 2008, p. 60. En lo que sigue cito sólo *ibid.* y el número de la página.

² Cfr. *ibid.*, p. 51.

³ La idea de la vida ociosa de la que los escolios son una expresión, se esboza al final del libro. *Ibid.*, p. 170.

⁴ *Ibid.*, p. 61.

⁵ Bogdan Szlachta: „Crítica científica”, [en:] *Między sceptycyzmem a wiarą. Nicolás Gómez Dávila i jego dzieło*, Bogna J. Obidzińska, Krzysztof Urbanek [Ed., Ed.], Furta Sacra, Varsovia, 2008, 4. página de la portada.

autores, llegan a ser autónomas⁶. No se equivoca tampoco cuando declara que nuestro autor desprecia el sentimentalismo de la filosofía moderna, a la que contrapone la meditación griega y cristiana, así como que dirige la atención a los peligros relacionados con la técnica que determina toda la vida humana, la hace artificial y la satura del racionalismo instrumental⁷.

Desgraciadamente, tengo que afirmar que salvo esos y algunos otros fragmentos el tomo de Alfredo Abad Torres es un intento de privar a la obra del autor estudiado de los valores más preciosos y admirables. Lo que se anuncia ya en la introducción: "También se procura enfatizar en el hecho de no querer incurrir en una postura que pretenda manipular el pensamiento del autor como suele suceder cuando las ideas se quieren convertir en ideologías, en pretextos fundamentalistas, en referencias a credos. Con el pensamiento reaccionario y con el catolicismo del autor se suele recurrir a un uso no precisamente filosófico cuando más que exponerlos y ubicar sus raíces, se procura utilizarlos como medios de defensa ideológica o como empresa catequística. En ambos casos, se traiciona el horizonte expositivo del propio autor, en la medida de centrar sus perspectivas en ámbitos que no le pertenecen puesto que nada más alejado de Gómez Dávila que la pretensión de fundar un tipo de pensamiento o servir de propósito apologista. Ni la concreción política ni el talante panegirista en las esferas políticas y religiosas le son aplicables al autor de los escolios y por ello, este estudio desestima esta clase de encuentros con él"⁸. Luego, todo se desarrolla según el esquema arriba esbozado. Abad infatigablemente va atacando a la gente que "se aprovecha" de la obra gómezdaviliana para sus "fines ideológicos" y la "reduce" al pensamiento reaccionario. Sin embargo, inquieta un poco el hecho de que el joven colombiano no nombre a esas personas que maltratan tanto el pensamiento del autor de los escolios⁹.

La clave interpretativa para la creación de Gómez Dávila empleada por Abad Torres es muy simple. Abad divide los comentarios del bogotano en dos grupos. El primero contiene

⁶ Cfr. Alfredo Andrés Abad Torres, *ibid.*, p. 38.

⁷ *Ibid.*, pp. 48-50.

⁸ *Ibid.*, pp. 14-15.

⁹ No se puede negar que en este contexto Abad menciona a críticos alemanes y los editores franceses de la obra gómezdaviliana. Cfr. *ibid.*, pp. 31-32 (nota explicativa 16).

–según el autor de la monografía– las “sentencias”, es decir, los comentarios “cerrados”, unidimensionales, categóricos, que no admiten réplica ni argumentación y exigen una aceptación absoluta. Las sentencias tratan sobre todo de la Iglesia, la política, en general son una exposición de la reacción. Construyen un sistema coherente, concéntrico, se relacionan con la “fuerza centrípeta” y expresan un ataque duro y absoluto a la modernidad¹⁰. Abad dice que Gómez Dávila no trata las sentencias en serio y en el plano ideológico las reconoce como “imposibles”¹¹. También afirma que las sentencias “(...) en algunos casos se aceptan hasta con la complacencia ideológica de quienes ven en ellas perspectivas que deben ser capitalizadas por ciertos sectores o posiciones ávidos de adoctrinamientos (...)”¹².

Abad denomina al segundo grupo de los comentarios gómezdavilianos “aforismos” y los describe como apenas esbozados, “abiertos” y pluridimensionales. Como una expresión indefinida e inacabada se relacionan con la “fuerza centrífuga”, con la disgregación especulativa, la indeterminabilidad y la perplejidad, e invitan al diálogo, tienen el carácter estético (no libre de erotismo¹³) y son una anotación subjetiva mediante la cual se immortalizan instantes de la vida del autor. Según Abad solamente los aforismos son importantes (ellos, entre otras cosas, muestran la falta de coherencia del ideario del Solitario de Bogotá, el nomadismo de su actividad intelectual, el escepticismo y la unidad de la vida y la obra¹⁴).

Es interesante cómo Abad observa lúcidamente que los “aforismos” se encuentran sobre todo en la obra más antigua de Gómez Dávila *Notas* (editada en México en el año 1954) y también están presentes en dos primeros tomos de *Escolios* (publicados en el

¹⁰ Cfr. *ibid.*, pp. 77-92.

¹¹ Cfr. *ibid.*, p. 176.

¹² *Ibid.*, p. 96.

¹³ Cfr. *ibid.*, pp. 164, 184-185. Hay que reconocer que el maestro insuperable en la deconstrucción “erotizante” de la obra de Nicolás Gómez Dávila es Fernando Savater. Cfr. su “Nicolás Gómez Dávila. El reaccionario inconformista”, *El País*, el 29 de diciembre de 2007.

¹⁴ Cfr. *ibid.*, pp. 162-166. En este contexto aparece la figura de Joseph Joubert quien escribe: “Estos pensamientos no constituyen solamente los fundamentos de mi obra, sino de mi vida”. Cfr. también *ibid.*, pp. 121-139 y, en particular, 123.

año 1977). Luego el bogotano –así se puede pensar leyendo a Abad– se vuelve cada vez menos serio y escribe y publica ante todo lo que el crítico denomina “sentencias”.

En general a Abad Torres le gustan las clasificaciones literarias cuya finalidad parece ser la demostración de que Gómez Dávila pertenece a la tradición aforística individualista y subjetivista que se origina en los tiempos presocráticos (e incluso con los sumeros y egipcios), se desarrolla en el renacimiento (entonces se vuelve “subjetivista”: uno se muestra a sí mismo) y las épocas siguientes y que está presente también en la contemporaneidad. Y solamente de paso menciona la tradición medieval de los escolios, es decir, –como lo sabemos– los comentarios hechos por los monjes en márgenes de las obras que copiaban. (La etimología de la palabra *scholium* aparece en el libro de 190 páginas tan solo en la página 145). Y aunque el colombiano evoca “la tradición gnómica de tendencia moral”¹⁵ de la Edad Media, no le atribuye a este hecho ninguna importancia en el contexto de las investigaciones dedicadas a Gómez Dávila. En general, Abad trata ciertas cuestiones del tema gómezdaviliano de modo bastante imprudente. Por ejemplo en algún momento se pregunta cómo un católico ferviente podría desplegar una escritura signada por la individualidad y responde que el catolicismo potencial y el individualismo obvio de Gómez Dávila son incompatibles¹⁶.

La cuestión de Dios como fundamento del pensamiento del autor de los *Escolios*, de suma importancia para mí, la cierra el crítico diciendo que aunque Dios está constantemente presente en la obra de Gómez Dávila, el “aforista” no reconoce ningunos ideales, no se somete a ningunos dogmas porque es un típico escéptico¹⁷ y cínico¹⁸. Tampoco estoy de acuerdo con Abad cuando escribe que la reacción del Solitario de Bogotá es de otra índole que la de Juan Donoso Cortés, Jaime Balmes, Joseph de Maistre o Charles Maurras porque “(...) no se remite a una exposición meramente política sino ante todo ontológica y metafísica, y como ya se ha señalado no obedece

¹⁵ Ibid., p. 69.

¹⁶ Cfr. *ibid.*, pp. 73–74.

¹⁷ Cfr. *ibid.*, pp. 154, 160–161.

¹⁸ Sin embargo, según Abad Torres no es el cinismo de la filosofía griega antigua. Cfr. *ibid.*, pp. 40. El crítico parece identificar el cinismo con el sarcasmo y la burla. Cfr. *ibid.*, pp. 42–43.

a una posición sistemática de orden filosófico ni político”¹⁹. Según Abad Torres el autor de *Escolios* no crea ninguna teoría política, simplemente testimonia el proceso de descomposición del mundo moderno²⁰.

Primariamente hay que reconocer que Gómez Dávila vive después de los personajes enumerados, conoce el fracaso de sus intenciones y actividades, crea en otras condiciones y circunstancias. Sin embargo los principios que rigen su manera de pensar son los mismos o por lo menos muy parecidos. Dios y el catolicismo ocupan entre ellos el lugar más importante. El reaccionario no podría hablar de la descomposición, si no tuviera criterios que le permiten darse cuenta de si los procesos de la descomposición tienen lugar y cuánto han avanzado. Son los criterios que provienen de la tradición católica. Los mismos de los que se servían los demás pensadores mencionados y gracias a los cuales también ellos se dieron cuenta de la perversión de la modernidad no solamente política, sino también metafísica.

Merece la pena llamar la atención sobre otra discrepancia con la interpretación de Abad Torres. Pues éste afirma que los escolios gómezdavilianos están llenos de contradicciones, lo que según el autor excluye “(...) las determinaciones unidimensionales que puedan hacerse sobre la obra del colombiano”²¹. Abad quiere “evidenciar las contradicciones palpables entre el género fragmentario de la sentencia y del aforismo” y fracturar “la unidimensionalidad interpretativa”²². Sin embargo, yo pienso que Gómez Dávila habla de las contradicciones immanentes del universo –lo que describen sus escolios–, pero él mismo no es contradictorio en su obra, sino que tiene opiniones decididas, estrictamente perfiladas y coherentes.

Abad intenta también enfrentarse –como muchos otros intérpretes– con el enigma del “texto implícito”: ¿cuál es el texto implícito? No le convencen las respuestas antes dadas que dicen que el texto implícito es Dios (Francia Elena Goenaga Olivares), una obra perfecta que está fuera del alcance del Solitario (Franco Volpi), las páginas 61–100 del libro *Textos I* (Francisco Pizano de Brigard),

¹⁹ Ibid., pp. 59–60.

²⁰ Cfr. *ibid.*, pp. 39–43.

²¹ *Id.*, p. 151.

²² *Id.*, p. 13.

la tradición occidental (varios autores). Abad contesta que el texto implícito es “la experiencia estética de la existencia”²³ o “el ideal de la autenticidad”²⁴. Según Abad la estética de la existencia es lo que Gómez Dávila vive y relaciona en su obra. El investigador no duda en desarrollar esta idea en el contexto de la teoría de la verdad y afirma que la verdad en Gómez Dávila es contextual, siempre se relaciona con la situación, con lo concreto, con el instante, se identifica con la evidencia de lo que se revela (la verdad como *aletheia*) al ser inmerso en el tiempo²⁵.

Al mismo tiempo Abad comete –por lo menos en mi opinión– un abuso típico en sus análisis. Cita a Gómez Dávila y después interpreta el fragmento evocado en la manera que parece confirmar su tesis, pero que resulta una conclusión falsa, errónea e inadmisibles. Por ejemplo: “Esta estética de la inmediatez tiene una importancia capital para Gómez Dávila, sabe que la verdad es una evidencia de lo concreto, que «La verdad es persona» (*Escolios I*, 57) y como tal, la escritura refleja, en tanto verdad asumida personalmente «(...) una adhesión a una evidencia concreta» (*Ibid.* 58)”²⁶. En otro lugar añade que cada verdad es personal porque cada uno vive un concreto instante individualmente. Además, la verdad no se puede transmitir puesto que lo que es transmitido y no vivido no es una verdad auténtica²⁷.

Mientras que, contrariamente, el escolio citado me evoca la escena en que Poncio Pilato pregunta a Jesucristo ¿qué es la verdad? y no recibe ninguna respuesta. ¿Qué respuesta podría darse entonces? La verdad estaba al lado de Poncio Pilato y él no la reconoció. La verdad –como lo dice brevemente Gómez Dávila– es persona.

Además podría recordarse en ese mismo sentido la concepción ontológica medieval (de origen platónico) de la verdad: la criatura es verdadera, auténtica en el grado en que actualiza su propia idea en la mente de Dios. Dios es la verdad porque es la fuente no solamente de nuestro ser, sino también de nuestra autenticidad.

²³ *Ibid.*, p. 155.

²⁴ *Ibid.*, p. 169.

²⁵ Cfr. *ibid.*, pp. 187-190.

²⁶ *Ibid.*, pp. 128-129.

²⁷ *Ibid.*, p. 165.

Todas las dificultades interpretativas de las que el libro de Abad Torres está plagado, y que en la mayoría provienen de las declaraciones explícitas del mismo Gómez Dávila, son resueltas por el joven crítico afirmando que la obra del bogotano es tan grande que supera las intenciones del autor²⁸. Con aversión menciona las “lecturas *explicite*” (cuando el autor de los *Escolios* aparece como católico y reaccionario) de quien “escribe *implicite*” (entonces hay que reconocer al personaje del libro de Abad).

Abad no teme decir que Gómez Dávila –aunque se le pueda considerar maestro de la filosofía de la sospecha– tiene sus prejuicios, los cuales no hay que “respaldar y escudar”²⁹. (Yo le dirigiría la segunda parte de la afirmación a Abad).

Después de leer el libro de Alfredo Abad Torres he sacado la conclusión que si yo lo hubiera leído antes de conocer la obra del reaccionario de Colombia, nunca habría querido acercarme a él. Del texto del intérprete surge una figura de postmoderno que no respeta ninguna cosa sagrada: escéptico y cínico que en el aburrimiento y la monotonía de su vida burguesa se entretiene provocando al público con sus notas pseudorreaccionarias. El libro del Abad es relativamente largo y oscuro, lleno de distinciones estériles que no sirven para nada, en suma, no es interesante. Además, el tomo tiene este espíritu deconstructivo y nihilista contemporáneo que sabe transformar incluso al católico ferviente en un egoísta que no reconoce ni respeta nada sagrado, que saber privar de la esencia incluso al reaccionario y hacer de él –*pardon le mot*– un castrado. Y no encuentro ningún consuelo en la máxima antigua: *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*. Es que el libro de Abad –al lado del mucho mejor, pero muy básico tomo Nicolás Gómez Dávila. *El Solitario de Dios* compuesto por Franco Volpi³⁰– es la única introducción en forma del libro a la vida y obra del bogotano disponible en el mundo de la lengua castellana.

Como conclusión querría citar dos escolios de Nicolás Gómez Dávila en los que pensaba durante las largas horas dedicadas a estudiar el volumen del crítico colombiano contemporáneo:

²⁸ Cfr. *ibid.*, pp. 82, 99.

²⁹ *Ibid.*, p. 182.

³⁰ Cfr. Franco Volpi, *Nicolás Gómez Dávila. El Solitario de Dios*, Villegas Editores, Bogotá, 2005.

“Cuando oigo a dos suramericanos hablar de Europa, quisiera embarcarme, inmediatamente, para Australia”³¹.

“El problema básico de toda antigua colonia: el problema de la servidumbre intelectual, de la tradición mezquina, de la espiritualidad subalterna, de la civilización inauténtica, de la imitación forzosa y vergonzante, me ha sido resuelto con suma sencillez: el catolicismo es mi patria”³².

Cuando el termómetro del catolicismo está bajo, el termómetro de lo políticamente correcto sube³³. Lo que refleja de manera perfecta el libro de Alfredo Andrés Abad Torres *Pensar lo implícito. En torno a Gómez Dávila*.

³¹ Nicolás Gómez Dávila, *Notas*, Villegas Editores, Bogotá, 2003, p. 419.

³² Nicolás Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito. Tomo I*, Villegas Editores, Bogotá, 2005, p. 147.

³³ Cfr. Juan Donoso Cortés, *Discursos políticos*, Tecnos, Madrid, 2002, pp. 19–25.